

**LA FÁBRICA DE ARTILLERÍA:
EL BRONCE FUNDIDO DEL TIEMPO**

Eva Díaz Pérez

Hay lugares en los que se cuece a fuego lento la historia. Espacios en los que el tiempo ha quedado detenido, intacto, congelado. Lugares que son libros abiertos para leer el pasado. Estamos en la antigua fábrica de bronce que se encontraba extramuros de Sevilla o en lo que más tarde sería la Real Fábrica de Artillería de San Bernardo. Aquí sigue oliendo a bronce fundido y a guerras lejanas. Bajo las bóvedas de esta catedral fabril aún suenan los cañones que viajaban en los barcos de la Armada, las armas feroces que conquistaban los ultramares del imperio.

La Fábrica de Artillería es un agujero en el tiempo, una escena del pasado que se ha salvado milagrosamente de la ruina. Un ambicioso proyecto de rehabilitación tiene al edificio suspendido en un asombro continuo. Recorrer sus monumentales espacios es sumergirse en un paisaje prodigioso. Los siglos pasan con huidiza elegancia.

En muy poco tiempo podremos ver cómo ha sido esa rehabilitación milagrosa en la que se ha intentado conservar intacto el pasado, aunque adaptándolo a nuevos usos. El proyecto del modernísimo Centro Magallanes pretende ser un espacio destinado a la creación, como si la antigua fábrica de bronce se convirtiera ahora en una fábrica para las ideas, en un lugar en el que se piensa la modernidad. Un centro dedicado a usos culturales, pero también abierto a otras funciones, incluso integrado dentro del caserío, un lugar por el que se podrá pasear atravesando calles que no conocemos. Tendremos un espacio para industriales culturales y creativas, talleres para artistas residentes, aulas de formación, espacios escénicos. Los trabajos de rehabilitación también han traído la sorpresa del hallazgo de los restos arqueológicos de una villa de los siglos I y II que revela la existencia de una zona agrícola en la Buhaira.

Pero, antes de adentrarnos en el presente y el futuro inmediato del edificio, les propongo un viaje en el tiempo, una travesía por los siglos para descubrir qué significó este edificio en la historia de Sevilla y en la de España. Un lugar destinado a aportar letras de bronce a la historia.

Al internarnos por este monumento fabril, descubrimos que aún huele a fuego, a bronce caliente, a escoriales, a ceniza. Algo de ese aliento de hornos ha quedado en la atmósfera. Podríamos adivinar la belleza del fuego cuando se fundía el bronce hasta que el metal tomaba un color rojo oscuro, la llama viva de la sexta hora en la que el bronce casi fundido mostraba un color “blanco de nieve”.

Todo comienza en 1540, en el gran siglo de Sevilla. El fundidor Juan Morel el Viejo instala unos talleres en las afueras de la ciudad en una zona degradada donde ni las calles tenían nombre. Había que saber guiarse por lugares que la gente llamaba la casa del cura, la huerta de la ternera, el monte del rey, la venta de la negra, la casa de la beata, la huerta del judío, el horno del rincón o la venta de la gorda donde decían que todas las noches morían hombres.

Los Morel se instalan y comienzan a criar fama por su arte de fundir bronce. Más que Juan el viejo será su hijo Bartolomé quien se convierta en parte de la leyenda del lugar. Aquí, en el siglo de los asombros, se fundirán piezas iconográficas de nuestra ciudad, auténticos objetos que formarían parte de una especie de *memorabilia* sevillana: el Mercurio del Jardín del Estanque del Alcázar, los adornos del facistol del coro de la catedral, el tenebrario del templo, el Mercurio de la Plaza de San Francisco y, sobre todo, el Giraldillo.

Sobre ese bronce fraguado en el vientre de San Bernardo ha caído el viento, las lluvias, los soles, el frío y las nieblas de los siglos. Esa capa del tiempo, esa fatiga de la historia ha provocado una hermosa corrosión, la pátina *verdiazulada* en el bronce. También podríamos descubrir ese color en otros objetos fundidos en estos hornos, objetos que suenan a guerras antiguas. Son los cañones que servían para armar los navíos que viajaban a las Indias, el artificio de defensa y de ataque de las flotas de Indias. Porque de este vientre de fuego y bronce saldrán los paisajes de guerra que formarán el gran imperio español conquistando nuevos mundos, pero también las máquinas de matar con las que se desangró España.

Aquí, en esta fábrica de fundición de bronce se realizaba el complejo proceso de barrenar los cañones para abrirles el ánima, una tarea que evoca una metáfora poética pero que esconde el horror de un arma mortífera que aniquilaba ejércitos. Ánimas de bronce que convertían a los hombres en ánimas. En el siglo XVI trabajaban artilleros, minadores, gastadores, contadores, furrieles, tracistas... En esta fábrica se creaba la inmensa panoplia que sostenía el inmenso imperio español en el que no se ponía el sol. En los sistemas defensivos de ese territorio que iba desde España hasta Filipinas pasando por América, hay restos de las armas creadas en esta catedral del bronce. Es un

museo de los ejércitos. De aquí salía la artillería para atacar de lejos al enemigo como los falconetes, ribadoquines, sacabuches y culebrinas; las piezas para batir murallas -medios cañones, cuarto de cañón, basiliscos, frisantes- y la destinada a hundir naves y galeras con los trabucos y morteros que lanzaban grandes bolas de piedra.

Los cañones de bronce fundidos en Sevilla tenían fama y eran los que iban en la Flota de la Carrera de Indias para preservar las valiosas mercancías transportadas por mar. Era un bronce que soportaba bien el salitre del Caribe. Fue una buena decisión estratégica que esa artillería de la Armada se fabricara en Sevilla, en un puerto interior a salvo de incursiones como sí podría ocurrir en Cádiz o en Málaga.

Pero además de la furia de batallas que se gestaba todos los días en esta fábrica de fuego y metales había lugar para lo exquisito. No habría que olvidar que, igual que la ciudad era capital de la picaresca y Babilonia de los pecados capitales, era también ciudad de grandes ingenios. Un lugar de tertulias, de gabinetes de poetas, de grandes y exquisitos artistas. Ya ocurrió con la galera real de don Juan de Austria que triunfó en Lepanto. Esa nave se construyó en los astilleros de Barcelona, pero el programa iconográfico se gestó en Sevilla, porque era aquí donde estaban los grandes artistas. Otra vez la ciudad como fábrica de ideas. La galera real que llevaría don Juan de Austria fue encargada al poeta Juan de Mal Lara para que la adornara con los recursos iconográficos y mitológicos que la convertían en una nave simbólica destinada a la gloria.

En Sevilla incluso los cañones que se fundían en los hornos de San Bernardo tenían detalles artísticos o, al menos, una marca de hermosura renacentista. En la decoración de los cañones sevillanos aparecían unos bufeos, esos delfines que subían por el río Guadalquivir y que a veces llegaban a Sevilla siguiendo a los barcos o confundidos por las mareas. El 27 de octubre de 1604 a la altura de la Torre del Oro se capturaron siete bufeos. Y no hay más que recordar aquellos delfines que un día del Ochocientos llegaron al puerto provocando gran sorpresa entre los sevillanos. Fue en esa tarde de sol en la que se conocieron los padres de Antonio Machado y con la que él creía haber soñado alguna vez.

Sigamos avanzando en los siglos. En 1634 la propiedad de la fábrica pasa a manos de la Real Hacienda en una etapa que se llamará de "los asentistas". Es un tiempo en el que aparecen personajes como Francisco Ballesteros, llamado el mejor fundidor de todos los tiempos. Y que consiguió tanta fama que Francisco Pacheco lo pintó en su libro "*Verdaderos retratos de ilustres y memorables varones*" al lado de grandes artistas y poetas como Fernando de Herrera el Divino, Argote de Molina o Baltasar del Alcázar. Parece que fue el

primero que se atrevió a vaciar un cañón sin diestra, descubriendo este nuevo método de fundir que nadie había realizado hasta entonces.

Y así llegamos al siglo XVIII donde el estado borbónico crea o convierte en fábricas nacionales los grandes establecimientos fabriles: la Fábrica de Tabacos, la Casa de la Moneda, la Maestranza de Artillería, la Fábrica de Salitre y la Fundición de Artillería. En esta época habrá continuas ampliaciones del edificio incorporando solares de un barrio que empieza a incorporarse a los planos de la ciudad. Surgen nombres como el maestro Jean Droüet o el prestigioso fundidor francés Jean Maritz que incorporan las últimas novedades técnicas científicas del siglo ilustrado.

Esta zona del siglo XVIII es precisamente donde se está llevando a cabo la actuación para crear el Centro Magallanes, un espacio de unos 8.000 metros de parcela, justo en la ampliación que acometió Tomás Botani en 1780 y concluyó Vicente San Martín, por encargo de Carlos III.

Concluyamos con los apuntes históricos. En este siglo XVIII España aún goza del poderío ultramarino. En estos hornos se forjan los últimos momentos de la gloria del pasado. Aquí se fundirá el Cañón Tigre que arrancó el brazo del almirante inglés Nelson en la batalla perdida de Trafalgar. También saldrá de estos hornos la artillería de las postreras naumaquias en los mares del mundo.

Poco a poco el imperio se iba acercando a su fin, pero aún seguían soplando los vientos de la historia. Y la célebre veleta del Miguelete -el soldado con bayoneta del siglo XVIII que simboliza el edificio- continuaba con vientos a favor desde la gran cúpula de la Fábrica de Artillería. Esta pieza es uno de los elementos de simbología decorativa que también se ha restaurado para confirmar que comienza un nuevo tiempo para el edificio.

Sin embargo, el siglo XIX comenzará con un episodio perturbador y extraño: la ocupación por los franceses de la Real Fábrica de Artillería para hacer las piezas de la *Grand Armée*, es decir, el ejército de Napoleón. Sevilla es ocupada en febrero de 1810 y una de las principales decisiones estratégicas es utilizar la fábrica para ganar la guerra, ya que las piezas de artillería españolas tienen gran fama en Europa. De hecho, tras la toma de Sevilla, los franceses aprenderían de la Fábrica de Artillería de Sevilla que llegaría a inspirar una fundición gemela, la de Toulouse.

De la fábrica de Sevilla salieron los cañones y la artillería camino de Cádiz, el único territorio de la España libre, la ciudad que no sucumbiría al asedio de las tropas de Napoleón. En Sevilla se fundían las armas y en cortejos militares viajaban por el camino de Jerez hasta asentarse en la Bahía de

Cádiz, a la altura del Trocadero y la Cabezuela. Los cañones sevillanos que bombardeaban Cádiz.

De hecho, en Sevilla se fundió una de las terribles bocas de fuego del ejército francés: el obús *á la Villantroys*, un obús mortero invención de un artillero famoso en Francia, el coronel Villantroys (1752-1819). Según cuenta el historiador Manuel Moreno Alonso en su libro *La verdadera historia del asedio napoleónico de Cádiz 1810-1812*, Napoleón encargó al coronel en el campo de Boulogne en 1804 que «calculase una boca de fuego capaz de hacer proyectiles huecos a distancia de una legua». Y esos cañones que provocaron el terror en la Europa asolada por el emperador son los que se fundieron más tarde en Sevilla como una *nouvelle invention*.

Sin embargo, en Cádiz no cumplieron con su objetivo, ya que no consiguieron lanzar las bombas hasta la ciudad. Sólo la Catedral y zonas adyacentes resultaron más afectadas, pero era habitual que los proyectiles cayeran al mar o que se abrieran sin explotar porque llevaban poca pólvora y mucho plomo para alcanzar más distancia. Ese mismo plomo caliente que les serviría a las gaditanas para los tirabuzones de la copla popular.

Pero terminó la guerra y continuó la fábrica y sus historias de guerras. Aquí se forjarían dos símbolos del siglo XIX: la estatua de Daoiz que vemos en la plaza de la Gavidia y los leones del Congreso de los Diputados fundidos con los cañones de la guerra de África. Tampoco hay que olvidar otras piezas curiosas como el “Cadiz Memorial” en el Saint James Park de Londres.

La revolución industrial se plasma en las novedades que se introducen en la fábrica como la máquina de vapor. La Fábrica de Artillería de Sevilla permanecerá atenta a las novedades de la industria armamentística, de ahí la relación con la fábrica de cañones Krupp que se usarán en las guerras coloniales de España en Marruecos, Cuba y Filipinas.

Durante la Primera Guerra Mundial España permaneció neutral y, por lo tanto, no podía suministrar armamento a ningún país, pero se aprovechó este tiempo para modernizar el diseño del armamento que salía de sus talleres como los famosos cañones Krupp y Schneider. Además, se continuó con los intercambios comerciales con las fábricas de Krupp de cuyas acerías en la ciudad alemana de Essen salió el cañón más terrible de la Gran Guerra, *la Gran Bertha*, tomado del nombre de la hija de Alfred Krupp.

Luego llegaría nuestra particular gran guerra. En la Guerra Civil la Fábrica de Artillería sirve como centro de producción fundamental del ejército de Franco. Años más tarde llegaría el cierre de la fábrica y su posterior abandono. El polvo, la ruina y el olvido cubrieron esta joya del patrimonio in-

dustrial durante años. Sólo las palomas habitaban en los espacios antes llenos de obreros y máquinas. Las chimeneas fabriles ya no vomitaban humo y sobre ellas anidaban cigüeñas funambulistas. En las cupulas se criaban musgos, líquenes, grietas y otras heridas del tiempo.

Durante muchos años por los lucernarios de la antigua fábrica entraba una luz de color ceniza que caía sobre la antigua sala de barrenar, el taller de forja, el patio de fundición. Ya no había ruido ni estrépito de maquinarias. Hasta que los técnicos de la Gerencia de Urbanismo realizaron las primeras visitas de inspección. En 2011 las cubiertas de la fábrica -semejantes a las de una catedral con bosque de arbotantes incluido- eran un jardín de jaramagos y casi un lago por las lluvias acumuladas.

En esa zona de la fábrica ya se han consolidado las naves, linternas y cupulillas por las que entraba la luz para los oficios de fundición. Y ahora se ha rehabilitado el otro lado de la fábrica, la zona de la ampliación del siglo XVIII. El trabajo no ha sido fácil y ahora hablaremos de ello con los responsables del proyecto, pero lo fundamental ha sido el espíritu de conservación, respetar todo lo original del siglo XVIII y XIX y eliminar sólo lo que podía afectar a la estructura del edificio.

Este cuidado por no alterar el pasado es lo que hace más especial la visita. No hay que fabular demasiado porque la atmósfera sigue intacta. Se ha conseguido que para el visitante aún esté muy presente la piel del pasado. En las estancias de crisoles y chimeneas aún hay hollín en las paredes y las bóvedas. Y hasta diría que ha quedado suspendido en el aire un olor a bronce caliente y a animales, los bueyes que movían el mecanismo de los ingenios.

En el Patio de Crisoles se puede ver el alarde tecnológico de la época al introducir el hierro y la madera. El espacio es fabuloso, con increíbles perspectivas de profundidad. Da la sensación de que se entra en un barco donde las cubiertas son como el costillaje de una nave al revés. E incluso, a pesar de ser un edificio industrial donde lo que predomina es la funcionalidad, se pueden encontrar curiosos detalles artísticos como las ménsulas de madera con aspecto antropomorfo. También se aprecian restos de los anclajes para la maquinaria con las huellas de heridas en las paredes. Las cicatrices de siglos de trabajo...

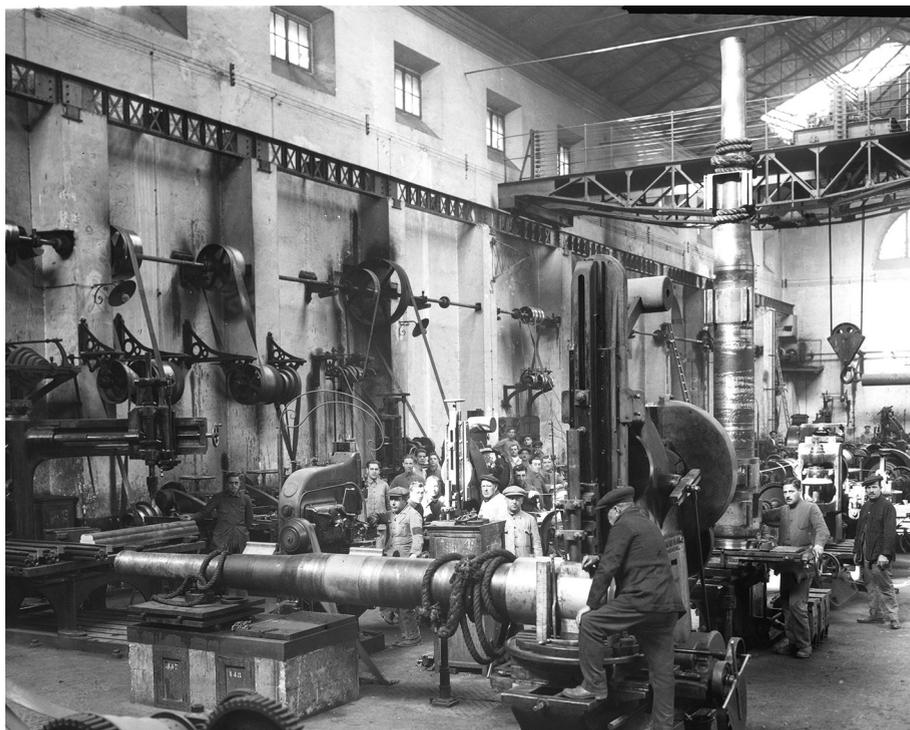
Lo importante es que, a pesar de la modernidad de la fábrica de industrias creativas que va a albergar, el visitante puede leer a la perfección el libro de lo que ocurrió en este edificio. Y de eso vamos a hablar con los responsables de esta rehabilitación que ha sido un verdadero desafío para ellos.

Ahora por fin hemos recuperado de la ruina del olvido un trozo de nuestra historia. Un edificio que guardaba el tiempo dentro. Una maquinaria

que ya era moderna y revolucionaria cuando se creó allá, por el Quinientos y que siguió funcionando como un espectacular espacio fabril. Ahora albergará una factoría de ideas, el pensamiento destilado y fundido como en los antiguos hornos. Sólo que antes se fabricaban armas y ahora saldrán palabras, esculturas, dramaturgia, fotogramas, lienzos, videoarte, diseños artísticos, coreografías. El cerebro y el corazón palpitante de la cultura.



Real Fábrica de Artillería de Sevilla. Primera mitad del siglo XX.



Real Fábrica de Artillería de Sevilla. Primera mitad del siglo XX.